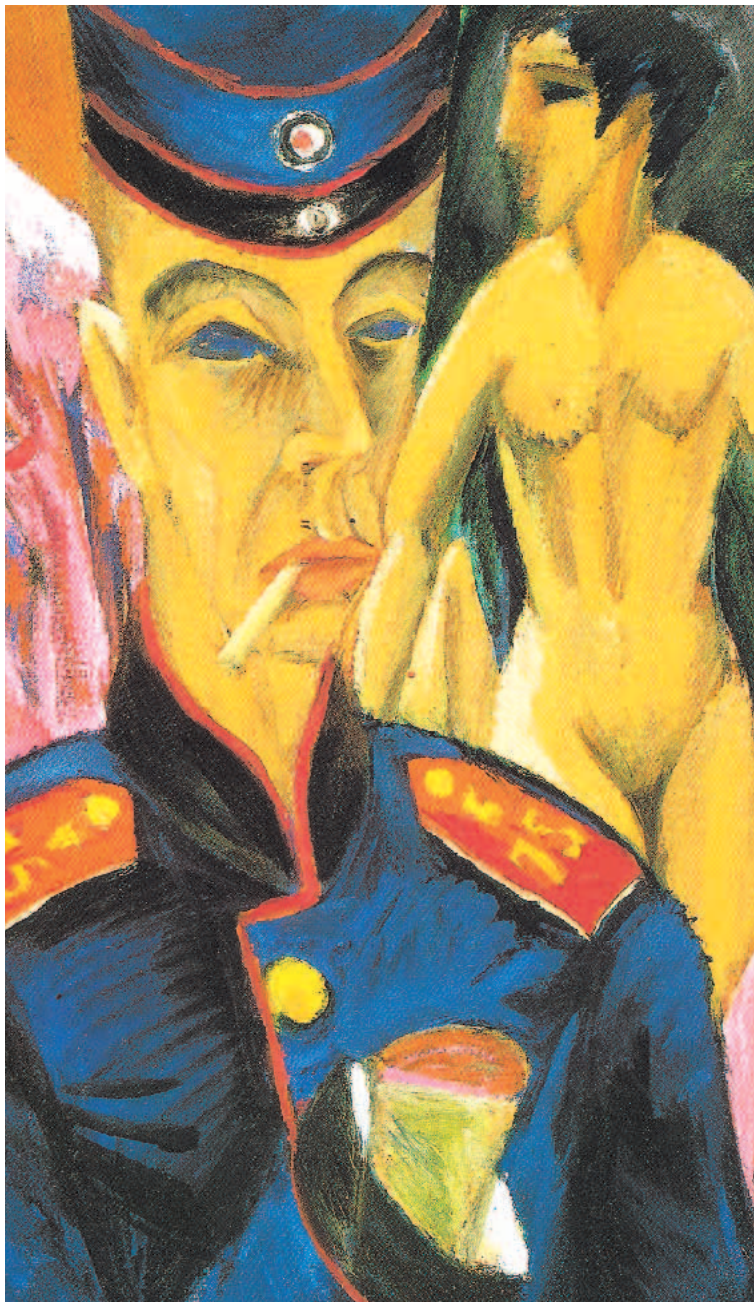


Considerado por Wittgenstein y Heidegger uno de los mejores poetas del siglo XX en lengua alemana, Trakl condujo su experiencia hacia un malditismo que le obligara a depurar el lenguaje y crear una poesía depurada, despojada de adjetivos

Poesía

La poesía con sangre duele



Un soldado de entreguerras dibujado por Kirschner

George Trakl
«SEBASTIÁN EN SUEÑOS»
GALAXIA GUTENBERG
313 PÁGINAS. 30 EUROS



De hacer caso a la afirmación de Paul Celan de que la buena poesía no se impone y sólo se expone, estaríamos obligados a reconocer que pocos poetas se han «expuesto» más que Georg Trakl (Salzburgo, 1887-Cracovia, 1914). Por un lado, porque en el continuo proceso de demolición que fue su vida, representó al pie de la letra el guión de «poeta maldito» inaugurado por Rimbaud: desordenó sus sentidos y se curtió en el arte de hacer monstruosa su alma: fue bohemio, drogadicto, incestuoso y, por si fuera poco, tras enrolarse como sanitario en las trincheras, templó su pánico en la realidad de la Primera Guerra Mundial. Por otro, sin embargo –y ahí radica su singularidad–, superó el ensimismamiento lírico del malditismo y lo trasmutó en una experiencia impersonal del hecho poético. Como Karl Kraus, Trakl aspiraba a ser un ángel exterminador capaz de eliminar la costra retórica de lo ornamental.

No es extraño que los dos filósofos más significativos del pasado siglo, Ludwig Wittgenstein y Martin Heidegger, fueran los primeros en valorarle no sólo como un poeta deslumbrante, sino como una de las voces más veraces del tiempo. El primero trató infructuosamente de actuar como su mecenas –Trakl no

tuvo tiempo de aprovechar las veinte mil coronas que le fueron donadas; cuando el filósofo acudió para visitarlo, ya había muerto. El segundo lo consideraba el sucesor de Hölderlin. Hoy, tras un periodo de ostracismo, casi nadie duda ya que, junto a Celan y Rilke, Trakl es una de las figuras esenciales de la lírica alemana del siglo XX. Con una obra tan breve como intensa, su influencia ha ido creciendo desde la publicación póstuma de su libro más significativo, «Sebastian en sueños», en 1915, que ahora publica Galaxia Gutenberg.

Leyendo la poesía oscura, seca, de Trakl, uno no puede dejar de pensar

guardista deviene esencial: apreciamos en este volumen cómo la escritura de Trakl, partiendo de un anonadamiento primitivo, termina forjando un lenguaje a caballo entre un amargo expresionismo y un balbuciente dadaísmo. Como escribe Jenaro Talens en su prólogo, «la poesía para Trakl no sólo crea y revela el mundo sino que es un modo de expiación y purificación. Limpiando el lenguaje de las adherencias y los ruidos de una civilización que se derrumba, el trabajo del poeta es, por ello, para Trakl un labor de recuperación de lo esencial del mundo, fuera de las impurezas y del desgaste al

«Trakl representó al pie de la letra el papel de maldito»

hasta qué punto su tono ejemplifica el canto de cisne del «finis Austriae», ese decisivo laboratorio de nuestro mundo en experiencias como la sexualidad, la crisis del lenguaje, el empobrecimiento de la experiencia o la fragmentación analítica del yo. Un derrumbamiento que llevó a algunos poetas vieneses, como Hoffmannstahl, al blindaje esteticista y a otros, como Trakl, a una salvaje autoexperimentación, donde el escritor tatúa el negro de su vida sobre blanco. En muchos de estos poemas, parece como si Trakl, en esta estela estética de la desintegración vienesa, y consciente de la imposibilidad por parte de la escritura de reconciliarse con los dioses del cielo, movilizara los de su propio infierno personal. En este mundo privado de un centro unificador, la experimentación van-

que nos somete la realidad circundante». Lo curioso de esta aventura lingüística es también el modo en que se encara: como si sólo a través de una exposición brutal a la noche dionisiaca del mundo y su trágica inhospitalidad pudiese uno encontrar una rara y frágil luz apolínea que sirve de momentáneo cobijo. No en vano en diversas partes del libro se puede apreciar ecos nietzscheanos en la selección de imágenes y temas. Quizá porque a Trakl lo le preocupa volver a crear un lenguaje de verdad con el que poder superar la Babel moral en la que el mundo se ha hundido. Por último, resaltar que esta edición, bilingüe, es magnífica, no sólo por la selección del poemario, sino por el excelente trabajo de tra-

Germán CANO

Antoine de Rivarol es el bromista crítico

Antoine de Rivarol
«PENSAMIENTOS Y RIVAROLIANS»
EDITORIAL PERIFÉRICA
88 PÁGINAS. 10 EUROS



Este inagotable librito hará las delicias de varias clases de lectores, del erudito y del que apenas frecuenta los libros. Porque el ingenio abre puertas, a todos seduce, y el francés Antoine de Rivarol

(1753-1801), como se puede intuir al ahondar en su vida, quiso ser ante todo un maestro en el arte de la seducción. Por la palabra, como su prolongación en lengua inglesa, Oscar Wilde. Rivarol, de cuna humilde, se propuso llegar a lo más alto, ascender en la escala social, pisar los salones de la sociedad aristocrática parisina. Para ello se inventó un título nobiliario añadiendo un «de» a su nombre, conde de Rivarol, y su voz se fue adentrando para provocar, divertir e indignar. Cuando llegue la Revolución, el escritor ten-

drá frente a ella sentimientos contradictorios, y acabará huyendo por media Europa hasta morir en Berlín en 1801. Desaparecía no sólo un sarcástico que entretenía a los ricos: «Sus bromas no eran elaboradas para desencadenar la risa complaciente y frívola de los salones. Hay en ellas la fineza del dibujante, o más bien del caricaturista, que en pocos trazos describe un carácter o una situación. Detrás de cada chiste está la mirada profunda del crítico», apunta el traductor, Luis Eduardo Rivera.

Como Rivarol tuvo una muerte

tan temprana, no tuvo tiempo de ordenar o acabar su obra. Un allegado recuperó uno de sus cuadernos y lo tituló «Pensamientos diversos», que luego se completaron con las llamadas «rivarolianas», ocurrencias que Rivarol había improvisado en público y que alguien fue apuntando. Pura genialidad, como se lee en este libro cuyos aforismos despertarían la complicidad de autores de todos los tiempos. Juguemos a eso. Su amigo Chateaubriand hubiera suscrito uno de los más bonitos: «Si me pusiera una máscara diaria, quien hubiese

dibujado una de ellas aún no habría concluido mi retrato». A Franz Kafka le deslumbraría la sutil diferencia que presenta este: «El hombre no cree en Dios: teme “en” Dios». Stevenson y Chesterton firmarían el que sigue: «Nada sorprende cuando todo sorprende: es el estado de los niños». Neruda asentiría al leer: «¡Para amar suficiente hay que amar demasiado!». Estética, lenguaje, política... Todo cabe en esta minúscula joya del pensamiento.

Toni MONTESINOS